



ERNESTO MECCIA¹

LA CONSTRUCCION DEL OBJETO

O

LA DECLINACION DE LA ABDICACION EMPIRISTA²

En el teórico del día de hoy, profundizaremos algunas ideas planteadas en el teórico con el que Agustín Salvia inaugurara la materia. La clase anterior trataba sobre el “sentido” de la investigación. Hoy, nosotros, hablaremos sobre los primeros pasos que tenemos que dar antes de emprender una investigación: reflexionaremos sobre la “construcción” del objeto de la investigación, y de cómo la relación entre sujeto y objeto en el marco de las Ciencias Sociales presenta una serie de complejidades que es preciso abordar. Asimismo, una vez que un objeto es construido, los investigadores le hacemos preguntas, y esas preguntas pueden obtener respuestas según se sigan ciertos pasos que obedecen ciertos criterios. En ese momento, es cuando –en rigor- se comienza a hablar de la “metodología” de la investigación social. Este será el tema del teórico número 3.

Abordaremos la problemática de hoy a través de tres nudos: 1) buscaremos comprender la noción de “obstáculo epistemológico” y “abdicación empirista”, 2) presentaremos las consecuencias de ésta última y, a modo de contraposición, tres factores para la cientifización de nuestro pensamiento, por último, 3) haremos un ejercicio de construcción de un objeto.

Obstáculo epistemológico, abdicación empirista y pensamiento científico

Obstáculo epistemológico: impedimento (o serie de impedimentos) para lograr problematizar en términos científicos un fenómeno social. Los impedimentos pueden originarse en posturas

1 Sociólogo y Magíster en Investigación en Ciencias Sociales; Profesor regular en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional del Litoral.

² Teórico inaugural de “Metodología y Técnicas de la Investigación Social”, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2009 (inédito)

valorativas propias de situaciones biográficamente determinadas y/o en adherencias a ortodoxias científicas.

Abdicación empirista: actitud anti científica consistente en transportar al plano científico, sin mediaciones de ninguna clase, la forma en que las distintas clases de sentido común interpretan un fenómeno social a través de su exclusiva apariencia sensible.

Aquello de lo que quiere ocuparse un cientista social (su "objeto") no es algo que esté ante nuestra vista a pesar de que podamos verlo. Antes de emprender una investigación, existe una regla que tenemos que cumplir, porque de lo contrario, corremos el riesgo de destituírnos como investigadores sociales, esta es: la de dudar acerca de la naturaleza o del aspecto que nos presenta el objeto, porque la mayoría de las veces eso es sólo una apariencia. No obstante, ocurre con frecuencia que nos tomamos en serio lo que nos aparece, sin preguntarnos nada, sin compararlo con nada, sin buscar relacionarlo con nada. Justamente, si tiene sentido hablar de la "construcción del objeto" es porque tenemos que combatir esa apariencia, intentar darla vuelta, acecharla con preguntas, tratar de verla más allá de cómo se nos presenta. En resumidas cuentas, desconfiar de lo empírico es el primer paso de una investigación (*por más concreto que sea y para que las Ciencias Sociales sean –como corresponde– ciencias empíricas*). Gastón Bachelard sostiene que la formación del pensamiento intelectual guarda una relación proporcional con la capacidad de plantearse reposadamente los problemas y que las principales enemigas para preservar una actitud reposada y prudente ante los hechos que tenemos ante nuestros ojos son la "opinión" y la "experiencia básica" del mundo social: *"El conocimiento de lo real es una luz que siempre proyecta alguna sombra. Jamás es inmediata y plena. (...). Lo real no es jamás "lo que podría creerse", sino siempre lo que debiera haberse pensado. El pensamiento empírico es inmediato, pero muy falible. Entonces, siempre tenemos que volver a pensar nuestros intereses de investigación sobre un pasado de errores, y, en este sentido, siempre encontramos la verdad en un estado de arrepentimiento. En efecto, si conocemos, conocemos en contra de un conocimiento anterior, destruyendo conocimientos mal adquiridos o superando aquello que obstaculiza intelectualización. (...). En la vida científica, los problemas no se plantean por sí mismos. Es precisamente este sentido del problema el que caracteriza el verdadero espíritu científico. Para un espíritu científico todo conocimiento es una respuesta a una pregunta. Si no hubo pregunta, es decir, si no se construyó una pregunta, no puede haber pensamiento científico. Nada es espontáneo, nada está dado, todo se construye." (...). La ciencia, tanto en su principio como en su necesidad de coronamiento, se opone en absoluto a la opinión. Si en alguna cuestión particular debe legitimar la opinión, lo hace por razones distintas de las que*

fundamentan la opinión; de manera que la opinión, de derecho, jamás tiene razón. La opinión piensa mal; no piensa, traduce necesidades en conocimientos.” (Bachelard, 1974, adaptación nuestra)

Los obstáculos epistemológicos serían, entonces, grandes piedras que existen en nuestro camino hacia el conocimiento. La primera pregunta que tendríamos que hacernos no es tanto como haríamos para hacerlas a un lado, sino porqué, tantas veces, no las vemos. La respuesta del autor es clara: no las vemos porque estamos inundados de “opiniones” propias y ajenas. En rigor, es éste el principal obstáculo epistemológico, del cual se deriva el otro gran obstáculo, que denomina la “experiencia” o la “observación básica”.

Estos obstáculos representan un problema apremiante en las Ciencias Sociales, en tanto y en cuanto, sus objetos de conocimiento son fenómenos que tienen por protagonistas a sujetos sociales, como el mismo investigador, siendo imposible plantear una separación previa entre unos y otros. Esa separación, en todos los casos, debe construirse. A diferencia de los fenómenos que ocurren en el mundo de la naturaleza (exclusivamente interpretables y descriptibles por los seres humanos), los fenómenos del mundo social son doblemente interpretables y descriptibles: en principio, estas interpretaciones son realizadas por sus mismos protagonistas y, en segundo término, por los científicos; de manera que aquí entramos en un vertiginoso terreno de intérpretes que interpretan a intérpretes. Queremos decir, en otras palabras, que el conocimiento científico en las Ciencias Sociales consiste en realizar interpretaciones de segundo grado. Sin embargo ésta, su misión fundamental, se convierte en un obstáculo para sí misma, cuando la segunda interpretación es un calco reproductivo de la primera. Que una interpretación de segundo grado sea subsidiaria de la primera no quiere decir, bajo ningún punto de vista, que deba ser idéntica a ella ¿Por qué? Porque el hecho de calcar una interpretación por parte de un cientista social es un síntoma de que se ha ahorrado el trabajo de la construcción del objeto, y este ahorro, al no problematizar la primera interpretación (que no es ni más ni menos que una interpretación del mundo) redundando en una reproducción del estado de cosas existentes. Imaginemos que un colega tome por objeto la interpretación que los medios masivos hacen de la inseguridad en nuestro país sin someterla a una nueva interpretación... es claro: lo hace porque las estadísticas son incontestables... Imaginemos a otro colega que toma por objeto los hábitos de la juventud en los grandes centros metropolitanos, asumiendo que la “juventud” es un período biográfico que transcurre entre los XX y los ZZ años de edad. U otro que toma por objeto el abuso sexual infantil perpetrado por varones “que inician a los adolescentes en la homosexualidad”. Como ya sabemos, aquí no existe ningún hecho objetivo, existen interpretaciones... y éstas no son el

problema (para nuestros fines). El problema es que los colegas adhieren acríticamente a estas interpretaciones del mundo sin haber realizado el menor esfuerzo para construir una propia. Si lo hubieran hecho, muy probablemente, en el primer caso, hubiera podido enterarse de los grandes defectos que tienen esas construcciones estadísticas, o –tal vez- que haciendo comparaciones estadísticas la situación pareciera no diferir tanto (al menos cuantitativamente) desde hace diez años; en el segundo caso, es posible que el colega descubriera que la interpretación del objeto juventud que utiliza (el rango etario que la define) tiene una llamativa coincidencia con algunas estrategias de marketing empresarial actuales, mientras que si ve películas no tan viejas, la juventud hacía referencia a un rango etario diferente; y, en el tercer caso, si no hubiera tomado sin más la interpretación disponible, tal vez hubiera descubierto que, en los casos en que el abusador sexual abusa de una adolescente mujer, nunca aparece en los medios la conclusión “el abusador inicia a la adolescente en la heterosexualidad”, algo que bien pudiera haberlo llevado a concluir que la interpretación disponible no es plausible, y, luego a “arrepentirse intelectualmente”, como quería Bachelard.

Esta situación de disponer sin más de lo empírico, de lo que se nos aparece, es lo que Pierre Bourdieu muy bien denomina como la “abdicación empirista”. Leámoslo con atención: *“La abdicación empirista tiene a su favor todas las apariencias y todas las aprobaciones porque, al ahorrarse la construcción, deja al mundo social tal cual es, es decir: le delega al orden establecido, las operaciones esenciales de la construcción científica, tales como la elección del problema, la elaboración de los conceptos y categorías de análisis y cumple así, aunque sea por omisión, una función básicamente conservadora, la de ratificar la doxa.”* (Bourdieu, 1995, adaptación nuestra) Doxa, término que adquiere su sentido de “ortodoxia”, está correctamente aplicado en esta situación, porque el ahorro de objetivación del científico significa, a fin de cuentas, que su mentalidad es comandada por la opinión del sentido común; comandada –justamente- por el obstáculo que tiene que identificar y combatir. Una mentalidad comandada en estos términos se destituye a sí misma como mentalidad científica... aunque podrá agradar a todo el mundo porque no combate nada de ese mundo; tal la triste función desarrollada por tantos colegas devenidos en “opinólogos”.

En el texto de Jean Piaget, podremos leer su preocupación por este tema. El problema más importante para las ciencias del hombre es que al tener como objeto al hombre (protagonista interpretante de primer grado) en sus innumerables actividades sociales, y al ser elaboradas por el hombre, en sus actividades cognoscitivas (el científico como interpretante de segundo grado), las Ciencias Sociales están situadas en la posición tensionante de depender a la vez del hombre como sujeto y como objeto, lo que plantea situaciones complejas como las de los

ejemplos que consignamos más arriba. De ahí que Piaget señale la conveniencia de *“establecer la distinción entre el sujeto individual, centrado en los órganos de los sentidos o en su propia acción, es decir, el “yo” o “sujeto egocéntrico”, fuente de posibles deformaciones de naturaleza subjetiva; y el sujeto “descentrado” o “epistémico” que coordina sus acciones entre sí y con las de otro, que mide, calcula y deduce de manera verificable por cualquiera y cuyas actividades epistémicas son, por consiguiente, comunes a todos los sujetos, que incluso pueden ser reemplazados por máquinas electrónicas.”* (Piaget, 1982, adaptación nuestra).

Lo que está en juego a través de estas reflexiones es el famoso concepto de “objetividad”, tantas veces mal entendido. Como verán, al establecer la diferencia entre sujeto egocéntrico y sujeto epistémico, Piaget quiere significar que los científicos tienen que anteponer una distancia entre ellos y los objetos científicos de su interés. La fórmula sería la siguiente: más podemos comprometernos con el saber cuánta más sea la distancia que logremos hacernos del objeto; en otras palabras: alejarnos para ver mejor, distanciarnos para ser más objetivos. Ello nada tiene que ver con el desinterés (político, por ejemplo) de los científicos sociales respecto de lo que estudian. Así, se hace necesario aclarar que la mayoría de las veces las buenas intenciones (políticas) no son condición suficiente para una exhaustiva construcción del objeto; es más: muchas deficitarias construcciones de objetos científicos están plagadas de buenas intenciones políticas. La solución –siempre provisoria pero de renovación constante- es para Piaget practicar el “descentramiento”, empresa previa a cualquier empresa científica singular, ya que a través de él, la natural contigüidad entre el sujeto egocéntrico y el sujeto epistémico puede atemperarse. Recordemos que la frontera entre ambos en las Ciencias Sociales es muy poco clara: primero, porque –como dijimos- el yo del observador es parte integrante del material analizado, y segundo, porque cuanto más comprometido está el observador con lo observable más cree que lo conoce a través de la intuición de la que teóricamente lo dotaría su compromiso y, entonces, el sujeto cognoscente cree que tiene menos necesidad sienta de acudir a técnicas objetivas para dar legítima cabida a dudas, deconstrucciones y comparaciones sistemáticas.

Las consecuencias de la abdicación empirista frente a los factores para la cientifización del saber

La consecuencia más patética de la abdicación empirista es que la ciencia se convierte en un receptáculo de los distintos humores sociales y maneja las mismas coordenadas de realidad que todo el mundo, como si la ciencia fuera copartícipe de un consenso universal acerca de las

cosas. Pero, además, existe otra consecuencia constitutiva de esta clase de abdicación: al traducir en lenguaje docto el lenguaje que expresa el sentido común, esa transcripción al lenguaje de la ciencia (nótese que no es “transposición, en el sentido de “alteración”) otorga a un estado de opinión social cualquiera la apariencia de una sustantividad inapelable. Aquí reside el gran peligro de la “ciencia” abdicante, porque al hacer uso del lenguaje serio para decir lo mismo, los científicos se convierten en una especie de profeta, figura antitética, si las hay, en el elenco del mundo de la ciencia. Pierre Bourdieu nos sitúa entonces, ante el decisivo momento de la objetivación, como un momento de ruptura con los presupuestos del sentido común, sea este sentido “común-común” o “común-científico”, porque –como nos aclaramos también debemos precavernos contra las ortodoxias científicas que no nos permiten generar nuevas preguntas. Bachelard piensa lo mismo, al asumir que: *“los conocimientos adquiridos por los esfuerzos científicos pueden declinar. La pregunta abstracta y franca que pudimos lograr construir se desgasta, y, no obstante, la respuesta concreta queda. Si ello ocurre, la actividad intelectual se invierte y endurece. Un obstáculo epistemológico se incrusta en el conocimiento no formulado. Costumbres intelectuales que fueron útiles y sanas pueden, a la larga, trabar futuras investigaciones. Tendríamos que vencer una tendencia irresistible de nuestro espíritu a considerar más claras las ideas que nos son útiles más frecuentemente, porque –de lo contrario- el recuerdo de nuestras conquistas científicas previas genera una claridad intrínseca que es abusiva.”* (Bachelard, 1974, adaptación nuestra).

Sentido “común-común” y sentido “común-científico”: dos obstáculos epistemológicos que tiene que aprender a hacer a un lado el investigador. De ahí, esta especie de *double bind* (“doble adherencia”) al que todos los científicos sociales nos encontramos expuestos continuamente, que necesitamos para instituirnos como hombres y mujeres de ciencia, pero que también tenemos que vigilar para que no nos destituyan de ese rol. Sin esas adherencias no podemos llegar a ser nada, pero esas adherencias –si es que llegamos a ser- pueden reducirnos a la nada. Respecto del sentido “común-científico” hagamos notar entonces que, si nos despojan de las herramientas que constituyen la disciplina que nos constituye (si nos quitaran nuestra “tradición” científica) no seríamos nadie en el campo científico y pensaríamos a través de los conceptos disponibles de sentido común o de los conceptos que nos provee nuestra propia experiencia social (el famoso árbol frente al inconmensurable bosque); pero, notemos al mismo tiempo, que nuestra tradición universitaria presenta la otra cara que ya no es identitaria, sino conservadora: *“son estos mismos instrumentos académicos de pensamiento los que nos exponen al peligro permanente de incurrir en el error, corriendo el riesgo de meramente sustituir la doxa ingenua del sentido común por la doxa del sentido común*

científico, la cual ofrece, con el nombre de ciencia, una simple transcripción del discurso propio del sentido común." (Bourdieu, 1995, adaptación nuestra).

Antes de presentar los factores para la cientifización de nuestro pensamiento, necesitamos hacer una aclaración respecto de las interpretaciones de primer grado, es decir, del pensamiento del sentido común. Nuestras reflexiones no tienen por objeto primario descalificarlo: sin un mundo de sentido común no existiría intersubjetividad y, sin ésta, no existiría sociedad alguna. Semejante postura demostraría una arrogancia interpretativa que nuestra Cátedra no sostiene. Además, como dijimos más arriba, las Ciencias Sociales tienen que referenciarse obligatoriamente en el sentido común para construir sus propias interpretaciones. Lo que quisimos decir es –suscintamente– que las Ciencias Sociales no pueden tomar como *instrumento* de conocimiento aquello que solamente debe ser *objeto* de su conocimiento. Nosotros no podemos valernos de la definición oficial de "juventud" para conocer la juventud; del mismo modo que no podemos usar la definición que asocia homosexualidad a abuso de adolescentes para conocer este fenómeno. Se trata de cosas profundamente distintas: nosotros necesitamos entender esas interpretaciones legas (no expertas) para construir nuestras interpretaciones expertas. Confundir unas con otras sería trasladar las razones con las que nos explicamos la vida de todos los días al mundo de la ciencia, cuando la ciencia necesita construir otras razones que expliquen el funcionamiento de la vida social.

Para evitar estas confusiones, Jean Piaget nos presenta lo que entiende como los tres factores fundamentales para la cientifización del pensamiento, ellos son: la comparación sistemática, la identificación de las marcas históricas (o genéticas) en los materiales analizados, y la delimitación de las incumbencias disciplinares y sus metodologías pertinentes.

El primer factor consiste en la tendencia a comparar que –aunque nos parezca mentira– muchas veces no es la actitud primaria de los investigadores; cuando la comparación es un gran elemento que nos permite comprender "por fuera" nuestro objeto de interés. Varias de las más grandes obras de las Ciencias Sociales se han construido a través del método comparativo. Por dar sólo unos ejemplos: Emile Durkheim pudo desarrollar una definición de los fenómenos religiosos realizando comparaciones entre religiones antiguas y modernas (¿qué tienen de similar, qué de diverso?) y Max Weber ha escrito una obra que se reconoce en una incesante vocación comparativa: ha comparado la evolución histórica de religiones occidentales y no occidentales para explicar por qué había surgido primero el Capitalismo en Europa y por qué no en otros lugares del mundo; y también por qué en Europa, el Capitalismo tenía más grado de desarrollo en unas regiones que en otras.

Yo les diría que si no realizamos comparaciones no podemos tener una idea refinada de aquello que queremos conocer. Justamente, son las comparaciones sistemáticas sincrónicas y diacrónicas (en el aquí y ahora y a través del tiempo) las que nos posibilitan alejarnos del temido sentido común de las cosas. La mentalidad comparativa es excelente para disputar contra las dos tendencias más naturales del pensamiento espontáneo e incluso de la reflexión científica, que son la de creerse en el centro del mundo, y por lo tanto, erigir en normas universales las reglas, las ideologías y las valoraciones propias; en síntesis: para disputar el reinado del sociocentrismo (tantísimas veces inconciente en nosotros mismos). En otras palabras, en ausencia del método comparativo, erigiremos como universal nuestra propia experiencia social con todos los límites que tiene, no viendo más allá de nuestras propias narices. De aquí que pensar en construir las Ciencias Sociales no se reduce, en modo alguno, *“a partir de una centralización ideológica inicial para ir acumulando conocimientos de un modo aditivo, sino que supone también que esta adición vaya acompañada de sistematizaciones: y la primera condición de una sistematización objetiva es un distanciamiento con respecto al punto de vista propio, dominante al principio. Este distanciamiento es el que nos asegura la actitud de comparación ampliando nuestro horizontes normativo, ideológico y sociológico hasta hacerlos convivir con múltiples sistemas de referencia”*. (Piaget, 1982, adaptación nuestra)

El segundo factor para hacer recorrer nuestro pensamiento de la opinión a la ciencia es desarrollar la capacidad de reconocer en nuestros objetos de interés las marcas históricas o genéticas. La consigna es pensar que eso que podemos ver u oír no se ha generado por sí mismo automáticamente, sino que es siempre el resultado de múltiples condicionamientos históricos del pasado y del presente, a menudo difíciles de discernir. Tendremos que decir que, en efecto, uno de los principales contrastes entre el estado precientífico de nuestros objetos y el estado científico *“es el descubrimiento progresivo del hecho de que las formas –y sobre todo los contenidos- de las cosas que experimentamos de un modo directo y que aparentemente dan lugar aun conocimiento intuitivo e inmediato, en realidad, son producto de una historia o de un desarrollo cuyo conocimiento es necesario para comprender los resultados.”* (Piaget, 1982, adaptación nuestra) Este distanciamiento histórico nos da, además, de la posibilidad de comparación que recomendamos en el punto anterior, un medio de explicación en tanto que los desarrollos en cuestión están relacionados causalmente. Además, la mezcla de comparación a través de la historia, facilita que podamos correr nos de la opinión de que existiría una naturaleza original de un objeto cualquiera, que emanaría con independencia de los tiempos. En este sentido, esa rama de las Ciencias Sociales que estudia los consumos culturales (rama central en las Ciencias de la Comunicación) ofrece ejemplos

muy estimulantes. Para dar un ejemplo vernáculo, les pido que pensemos la figura de Jorge Luis Borges a través de la historia y las comparaciones. Pensémoslo en las décadas del 50, del 60, del 70, del 80. Prácticamente toda su obra estaba escrita con bastante anterioridad a que se convierta en un escritor masivo. ¿Cómo objetivamos esta situación?: ¿la naturaleza genial de la obra de ese autor por fin emanó y los lectores supieron comprenderla? ¿existe una naturaleza genial en la literatura, en el arte? ¿qué significa escritor “masivo”? ¿Podríamos pensar a un hipotético “Borges-genio” sin la intervención de la industria cultural que ha gestado el “Borges-mercancía-fetiche” de consumo cultural? La historia solamente nos puede dar la clave.

Por último, el tercer factor esencial en el desarrollo científico es la progresiva delimitación de los problemas que ocupan a cada ciencia con las particularidades y los desarrollos metodológicos que esto implica. Jean Piaget asume que, en concomitancia con los esfuerzos anteriores, una ciencia cualquiera comienza cuando es posible determinar un abanico de objetos de su incumbencia y ciertas formas metodológicas (finitas y distintivas) para buscar respuestas a las preguntas que podemos hacerles. Delimitar los objetos de interés para una ciencia y otra no debe llevarnos a pensar en que el sistema científico se vuelve –por definición– “provincialista” o se convierte en un archipiélago de compartimentos estancos. Si bien esto implica un riesgo que en ciertas comunidades científicas se ha vuelto tristemente realidad, lo cierto es que la delimitación de incumbencias y metodologías es la condición para hablar del sentido de la “intradisciplinariedad” de las Ciencias Sociales y de la “interdisciplinariedad” de las Ciencias Sociales con otras ciencias. Las delimitaciones, lejos de representar confesiones de impotencia, favorecen el intercambio de construcciones científicas que hacen que los objetos sean óptimamente contruidos y estudiados.

Un ejercicio

Les voy a proponer rescatar muchas de las ideas que presentamos en nuestro teórico a través de la realización –entre todos– de un ejercicio. Vamos a tratar de comenzar a construir un objeto a través de un cuadro que hemos de llamar el “cuadro de los rasgos pertinentes”. Vamos a tomar el ejemplo de la última visita de Luis Palau (un pastor neoprottestante) a la Argentina. Luis Palau presidió una multitudinaria ceremonia religiosa realizada a cielo abierto en la Ciudad de Buenos Aires. Nos interesa analizar cómo los portales de Internet han descrito esta celebración.

Recordemos que tenemos que construir el objeto haciendo uso de las comparaciones y la historia. Por lo tanto, en el cuadro, en la primera fila, primero he de escribir el nombre de la institución religiosa de Luis Palau, y en las sucesivas columnas, he de darle un valor positivo (+), negativo (-) o intermedio (+/-) a las características que, según los portales, tiene la institución de Palau. Los indicadores de valor son indicadores de grado de posesión. Pero, como nosotros vivimos en un “aquí y ahora” religioso, producto de la sedimentación de múltiples procesos (religiosos y no tan religiosos), si queremos comparar para entender mejor a Palau, tenemos que abrir nuevas filas en las que pondremos el nombre de todas las otras instituciones religiosas de la Argentina. ¿El objeto?: ver: a) si tienen el mismo indicador de valor posesivo que Palau, b) si poseen otras características que no posee la de Palau (en cuyo caso deberemos abrir otra columna y valorar a Palau a través de lo que en principio era una ausencia de la caracterización del portal).

Este sencillo instrumento –nos diría Pierre Bourdieu *“tiene la virtud de obligar a conceptualizar en términos relacionales tanto las unidades sociales consideradas como sus propiedades, las cuales pueden caracterizarse en términos de presencia o ausencia o combinación de ambas (sí / no / sí y no). Al costo de semejante trabajo de construcción, que no se lleva a cabo sino mediante una larga serie de tanteos, se construyen, poco a poco, espacios sociales y espacios de relaciones sociales.”* (Bourdieu, 1995, adaptación nuestra).

Entonces, si nos tomamos en serio las relaciones a las que inevitablemente nos llevan las comparaciones y la historia, esto es, si lo real es relacional, resultará muy factible que no sepamos nada de una institución (Palau, por ejemplo) de la cual podemos creer saberlo todo, porque Palau no es nada afuera de sus relaciones con el todo. Desde el punto de vista del acopio de los datos, nuestra conclusión es obvia: nos evitamos el riesgo de buscar (y lo que es peor: de “encontrar”) en el fragmento, en la parte, más cosas que lo debido cuando, en realidad, mucha información que nos debemos se hallan fuera del fragmento, en sus relaciones con otros objetos.

CONSTRUCCION DEL OBJETO

CUADRO DE LAS PROPIEDADES PERTINENTES

LA VISITA DE LUIS PALAU A ARGENTINA, SEGÚN LOS MEDIOS Y PORTALES DE INTERNET

Institución/Rasgo	Uso del Espacio Público	Mensajes Ideológicos De Derecha	Sostén a través de los fieles	Sostén a través de vinculaciones con empresas	Sostén a través del Estado Nacional	¿?
Federación Evangélica (Palau)	+	+	+	+	-	
Catolicismo	+	+/-	+	+	+	
Judaísmo						
Evangelismo tradicional						
¿?						
¿?						

Ernesto Meccia

Buenos Aires, 2014-03-23
